

EUROPA O LA CULTURA DE LA ADVERSIDAD
X y último.

EL BURLOMAESTRE MADRILEÑO.

"El oso representa al clero
el madroño a la villa,
y tú tienes un lucero
adornándote la silla"

El estilo de vida madrileño es el resultado lógico de la antítesis psicológica producida por los estilos urbanos de villa y corte. El madrileño no está disuelto dentro de la gran ciudad como lo está el parisien. En París el hombre se parece a la ciudad, ha desarrollado su misma mentalidad, se ha conformado con el espacio impuesto por el ensueño arquitectónico de la urbe, y camina entre los estilos urbanos como el camaleón que va cambiando de color según se tornasolan las aguas. En Madrid la ciudad se parece al hombre, la villa ha desarrollado la misma mentalidad que tiene el matritense, se ha restringido al espacio impuesto por la fantasía de su hombre y se transparenta a su paso, con la gracia delgada que tiene un reflejo que no se atreve a vivir a menos que no lo provoque la presencia de su infracto.

No importa la débil influencia que pueda tener el sentido de clases en el sura humana, Madrid se encuentra dividido en dos zonas emocionales, a la cual más placentera.

Aquella parte de la ciudad que se desarrolla bajo el dominio del pueblo madrileño está llena de un color de vida extremadamente popular. Si alguien se dedicara a pasear exclusivamente por el centroespacio barroco de la ciudad difícilmente puede concebir que alguna vez se hubiese instalado en los alrededores de Madrid algo que pudiera llamarse la corte española. Allí se encuentra vibrando ese estilo de vida madrileño que producen las instituciones mas típicas del madrileñismo extrahistórico- todavía en el meson del Segoviano hay una tertulia que se apellida a si misma "Los nuevos castigos de Madrid"- el que presenci6 el pleito de la villa con el clero, se ali6 con la única pretendiente que ha producido la villa, La Beltraneja, pele6 el 2 de mayo y alberg6 a esas magnificas soplonas que contiene el brujadario de Goya.

Donde quiera que nos situemos dentro de este centro-espacio barroco, al tendido de esas policromadas ventillas que en cada trecho de sombra han instituido la sangría madrileña, la manzanilla andaluza o la sidra asturiana, o frente a ese escaparate redondo que constituye la Plaza de Canalejas, o en medio de ese museo de la picardía madrileña que se llama "La Puerta del Sol", con su café de Levante, su Mallorquina, su Librería de Pueyo, sus casas de abanicos y mantillas, sus peluquerías "para hombres solos" y su sastrería inglesa" al estilo de Madrid",

o dentro de ese hormiguero bravo que agrupa el clericalato de los ministerios en el crepúsculo de la Calle de Alcalá, o de espaldas a esa remolona "Gran Vía" que se contempla desde el Bar Chicote - ¡Si supiera ella que de adolescente yo he sido nada menos que su "paseante en corte" en aquel corajudo "teatro de la gente de sociedad" que tenía funcionando nuestra admirable Eloísa Pacheco de Quevedo;- , encontramos vibrando el estilo de vida impuesto por el burlomaestre madrileño. Aquí prevalece el énfasis de la mano, el calor de la parlanza, el dibujo cromático que sobre los usos y costumbres puede pintar el temperamento de un hombre polémico, que se ha desarrollado dentro de las artes discursivas de una tertulia inmemorial.

La calle constituye una necesidad ^{emocional} embrumal para este madrileño barroco. Por las mañanas la gente de condición de la clase media, toma de pretexto el entremés, el postre o la cesta de vinos, para trabajar de un extremo a otro de la plaza, los embutidos colgantes o las aceitunas rasantes de esos primorosos colmados con aparadores de castaño, mostradores de marmol y balanzas de cobre de la calle Mayor, o las torrecillas de cristal de las reposterías de la Carrera de San Jerónimo o la Calle de la Montera, o los tablones cabalísticos de las bodegas de la calle de la Cruz. Los catadores de la "Mañanita" se dan

su primer "enjuague" en las tabernas o bodegones del macizo metropolitano. Algunas señoritas todavía con el velamen de la eucaristía colgando del brazo, se desayunan en los cafés de la gente bien. Los amanuenses de los timbres de impuestos, cubiertos por la intensidad de verano, pasean frente a sus ministerios para mantenerse a un tranco del destino. Esta es la hora propicia para las vendedoras de billetes. Detrás de cada dama camina una salmodia de gitana vieja que ofrece el guarismo de un sueño impreciso:

- Mire usted doña Inesita, que anoche soñé con un diecisiete y tengo un billetito con ese número de ombligo.-

- Dejame ya mujer, que últimamente has tenido la suerte muy de esquina.-

- Pero esta vez lleva décimos hasta el señor cura de la Iglesia de San Andrés de los Flamencos.-

- Prefiero comprarte las cerrillas. Así no me comprometo la suerte.-

A las once de la mañana, ya el Madrid barroco está preparado para cualquier milagro, lo mismo del cielo que de la tierra, lo mismo para recibir el gran premio de la lotería de Madrid que para recibir el alza de la peseta;

Lo mismo para abrazar al amigo de provincias que trae la bolsa colmada por la última cosecha que para curiosear las carrozas reales, que con escolta de guardia mora, conducen a los embajadores de Noruega o de Chile hasta el Palacio de Oriente.

Por la tarde todo el Madrid barroco se tira a la calle. Las mujeres brujulean con una sabihonda precaución por ese pequeño oceano de blondas detenido en la vidriera de la gran ciudad, con el portamonedas sumergido con el fondo de la mano, y la mano cruzada por tres vueltas del rosario de azabache. El burlomaestre matritense dirige la gran estrategia urbana desde la barricada de la esquina, sabiendo que la vida siempre tiende a cruzar frente a aquel que sabe estarse quieto. Los tendidos de los cafés de moda estan copados por los matrimonios respetables, cada uno con dos o tres lindas chatitas todavia atadas al ruedo materno, pero que saben menear los ojos con ese mirar sin mirar que solo posee la mujer española. Ya están funcionando las tertulias inmemoriales de la vida madrileña, novenistas que hablan de los milagros de los santos buceando las últimas migajas del bizcocho en el tasón del café, aficionados al toreo y al balompié, literatos y periodistas cansados del fichero de la biblioteca del Ateneo y esa magnífica, arbitraria, lentejuelista

humanidad que siempre tiene caminando por las aceras toda gran ciudad, Es la hora rumorosa del Madrid barroco, un rumor de colmena latina que ofrece su desorden tonal a una orgiástica reminiscente, una melodía sensual que parece trovada en una lengua agreste que transpira vida y embravece los sentidos, dirigida por un corifeo burlón, que apoyado en la barra del bar, vende los secretos de todos los misterios humanos a un coro dionisiaco. Algunas veces tiene uno cerrar los ojos y escuchar este himno a la vida, a la vida buena, a la vida breve, que extremece la tarde madrileña.

Algo hay en la conciencia clásica que deposita en el hombre la literatura de su pueblo, que tarde o temprano, se refleja sobre el estilo de vida que lo circunda. Algún día de éstos tendremos que empezar a pensar en la posibilidad de un ente literario, aunque solo sea como un tipismo intrascendente creado por un puro mimetismo admirativo. Basta observar la cuidadosa parsimonia con que este señor se coloca la mano sobre el pecho, o escuchar un momento la bien modulada inflección de la voz de esta suspiranta, que va contando como quien repasa las cuentas de un rosario, todas las malaventuras caseras que le aguardan a la perfecta casada, o presenciar esta bronca callejera que parece escapada

de los estilos más añejos de una picaresca:

- Cualquiera te reconoce con esa ropa de duquesa, criatura.-

- Cayetana es mi nombre, señora.-

- ¿Y de donde salen los perendengues, niña?-

- De una cosa que no se puede hacer cuando una llega a vieja, del gatichichi. ¿Comprendido?-

- Ya te maullarán los gatos cuando bajes hacia el Rastro.-

- Los gatos que a mí me persiguen se arreglan los bigotes en la peluquería de Fortunato.-, para darnos cuenta que en alguna medida, en virtud de algún proceso que no sabemos si se realiza dentro o fuera de nosotros, vivimos enrarecidos por una estética subconciente, destilada por el humor divino de una literatura, como una gota de agua destilada por una piedra filosofal. Por la noche el Madrid barroco se cierra como un abanico que intentara sepultar todos sus colores dentro de un afán casero.

Aquella parte de la ciudad que se desarrolla bajo el dominio de la corte española está llena de un color de vida extremadamente señorial. Si alguien se dedicara a pasear por la periferia cortesana de la ciudad, difícilmente puede concebir que alguna vez ^{se} hubiese instalado

en el centroespacio barroco algo que pudiera llamarse la villa de Madrid. Allí se encuentra reposando ese estilo de vida madrileña que producen las instituciones mas características del nubilismo infrahistórico- todavía en el Hotel Ritz hay ceremonias palatinas para los embajadores extranjeros- el que presenció la contrarreforma ortodoxa contra la curia esclesiástica romana, se alió con Felipe V contra el Archiduque Carlos, peleó con Espartero y se dejó retratar por Fortuny y por Madrazo. Donde quiera que nos situemos alrededor de esta periferia cortesana, al amparo de esa adusta arquería que tiene el patio del Palacio de Oriente, o frente al alarde churrigueresco del Cuartel del Conde-Duque o ante ese escaparate moderno de la plateresca matritense que constituye la Casa de Correos, o en medio de ese retablo del señorío matritense que se llama "El Parque del Retiro", con su parterre, su rosaleda, su paseo de las estatuas, su estanque, su monumento a Alfonso XII de un vigor solo comparable a la columnada que bordea el grupo escultórico del rapto de Proserpina de Versalles y sus arboles centenarios, o dentro de ese contoneado correteo de palomas que agrupa la burguesía matritense en el atardecer de Recoletos , o de espaldas a esa matronesca Fuente de la Cibeles que se contempla desde la acera del Palacio de

Buenavista- ;Si supiera ella que antes de conocerla, yo he sido nada menos que su involuntario detractor, en una carta poética que algun día recibirá mi querido don Epifanio Fernandez Vanga:

Aunque de hinojos al Cristo de don Diego de Velazquez pide Unamuno perdón, temeroso del denuedo de una "Oda a la Cibele" donde sufriera un ataque el olímpico **Simón del Poeta Diez Canedo-?**

encontramos reposando el estilo de vida madrileño impuesto por el modo señorial de una sociedad que hasta hace poco fué una corte europea. Aquí prevalece la solemnidad del ademán, el comedimiento del dialógo, la estampa miriada que sobre los usos y costumbres puede esmaltar la composición del caballero desarrollado dentro de esas artes cortesanas que da el gabinete amarillo o el salón de porcelana.

El paseo por los rincones amados por Felipe V, Carlos III o Isabel II constituye una necesidad emocional para este madrileño cortesano. Por las mañanas la obligación religiosa atrae algunas damas otoñales, enguantadas hasta el codo, bajo rubias sombrillas con caña de laca, que parecen haber abandonado la saleta de María Cristina para pasear su dolorida majestad por algunos trechos conventuales rescatados al espíritu del tiempo. Alguna que otra damisela de talle juncal y ojos ensoberbecidos por un resplandor de casta, cruza el atrio con esa prisa que denuncia el terror a la contaminación galante de una ciudad profundamente erótica.

Por la tarde los niños de casa bien lanzan velas en el estanque patriarcal vigilados por una niñera montañesa que suda copiosamente bajo el peso prolífico de su copia de encajes. Militares forrados en gabardinas verdinegras platican dentro de una gran circunspección con algunos sacerdotes capas lustrosas y tejas de veludillo. Durante la cena los hoteles de moda estan totalmente dominados por esta otra semi-sociedad aristocrática, que aunque nunca llevó la responsabilidad de la corona, tuvo que inmantarse al mundo de la realeza buscando su espacio lógico dentro de una gran burguesía conservadora, que pudiera ser del agrado de la corona. Aquí prevalece el celo religioso, el ardor político, el trasiego virtuoso, el cultivo de la etiqueta. Esta es la sociedad matritense con que suele uno encontrarse en la cena del Ritz, en la salida del Teatro Español, en la galería de Campúa. Casi todas las mujeres son de una belleza notable. Casi todos los hombres de una corrección estimable. Se ve claramente que solo a través de un extremado cultivo de la personalidad humana, lograron vencer la adversidad peregrina que entorpece al hombre sin abolengo en la sociedad aristocrática. Las madres no cesan de vigilar un momento la estética de sus cachorros:

- Niña, bájete un pco ese chal que en cuanto te cubres el cuello te pareces a La Dama de Elche.-

- Procura esconderte esa corbata tras el chaleco, hijo. Ya te he dicho que las corbatas azules son muy provocativas.-

-Vé a saludar a don Antonlín, quien está a solas con su hija; y, ¡por favor!, no les hables de balompié.-
Cierta suavidad burlona, un quevedismo que nunca llega a cristalizar su malignidad más allá del alfilerazo, flota sobre este mundo, como una etérea malicia que no pretendiera pasar del retozo de angeles. Esta noche más provocativa que todas las corbatas azules que pueden contener las corbaterías de la carrera de San Jerónimo, resulta una preciosa conciudadana mía de ciento setenta adorables libras, y del estado de Kentucky, uno de esos tipos sanos, exhuberantes, alegres de la "girl" norteamericana, que ha pretendido bailar el schottis como mambo, se ha bebido medio galón de manzanilla y tiene al descubierto un par de piernas más allá de todo posible margen de moral cristiana:

-¿Que le pasa a esa linda muchacha que parece tan excitada?- pregunta una voz que ya se siente suegra al mozo de los aperitivos.

- Señora que quiere tener amores con un torero. Comprenderá usted el problema con lo mal que anda la temporada.-

- Pobre niña, si al menos se pusiera mediar para bajar al comedor, tal vez tendría mejor suerte.-

- Es que no conoce la moda de Madrid la pobrecita. Pero es una gran persona, puede creerme la señora. ¡Y luego dá unas propinas, de sultana!-

- A la rueda, sobrino. ¿No dicen que tú tienes afición a los novillos?-

- ¡Tía, por Dios!, que yo soy uno de los que menos ha mirado hacia allá.-

- Déjalo mamá, ya me gustaría a mí ver esta "Mar tranquila" con esa sirena dando vueltas a su alrededor.-

- A lo mejor se me ocurrirían cosas, no creas. El novio siempre resulta un hombre bastante inédito.-

¡Amable Madrid! Yo nunca he visto una ciudad donde se pueda disfrutar tanto de la más fragante compañía humana o de la mas placentera intimidad con la propia vida. Tal vez el encanto del estilo de vida madrileño resida en esta admirable proporción entre los estilos de sociabilidad y los estilos de soledad. La vida es acción disparada hacia afuera, a la cual la dinámica social rescata para que no muera en el vacío, pero es

también regresión volcada hacia adentro, a la cual el amor rescata para que no se pierda en la nada. No hay manera mas absurda de entender la vida que imponiendo los estilos de sociabilidad sobre los estilos de soledad. Vivir es una fantasía nuestra que solemos vender en el mercado de las apariencias. Felizmente en nuestra soledad siempre funciona un delicado mecanismo de selección que lanza hacia afuera la fantasía que nos forjamos de nuestra propia vida y regresa hacia adentro la realidad inexplorada de nuestra propia existencia. La única manera de bregar inteligentemente con el problema de la vida ajena y de la vida propia, es, resignarnos a la tesis que el hombre es un reflejo de la sociedad que lo dinamiza pero también es un ~~con~~ conflujo de la soledad que lo sublimiza. Así todo individualismo puede entenderse como un estilo de soledad, impuesto por aquella parte de la naturaleza humana que no está dispuesta a transigir con la socialización de la vida íntima.

Recuerdo una tarde en un parque madrileño, cuando mi vecino de mesa disponible me hizo esta admirable proposición:- ¿me permitiría el señor volverme de espaldas en lo que anochece? Todos los días suelo venir aquí a contemplar estos árboles para reconfortarme del ambiente de la ciudad.- Yo nunca me he sentido mas acompañado en

mi vida apesar de estar disfrutando de una soledad casi perfecta. Ambos estábamos sumergidos en una meditación de miles y miles de millas de separación. El contemplaba sus árboles fraternales tal vez buscando colores para un horizonte vivo dentro de esa extraña saudade que produce la vida agrícola en el hombre de ciudad. Yo contemplaba el cambante juego de la luz crepuscular sobre las estatuas que le servían de fondo al estanque. Sin embargo, ninguno de los dos nos habíamos desprendido de nuestro sentido de sociabilidad. Cuando mis cerillas un poco blandas para un pulso acostumbrado al fósforo sujeto al pequeño filamento de madera fallaban, mi vecino se volvía con una amistosa deferencia y me ofrecía su lumbré. Así estuvimos varias horas, él mirando sus árboles, yo doliéndome de la pesadumbre que cae sobre un pueblo que cree posible vivir lejos de este misterioso reposo que crea una estatua junto a un estanque. Al anochecer se volvió hacia mi, escrutando mi humor de tertulia, y me dijo con un gran naturalidad:

- Hemos disfrutado de una tarde muy placentera, señor.-

- Agradable en verdad ha sido, señor. Además esos olmos son magníficos:-

- Si alguna vez va usted a Cordova, ya verá los chopos

temblando sobre las aguas. Es una visión inolvidable.-
Caminamos juntos un buen trecho, como dos viejos amigos
que coinciden en un paseo casual. Cuando le hize saber
mi sorpresa por no haber encontrado en Madrid la gran
urbe que ha debido producir el descubrimiento de América,
me contestó con estas palabras inolvidables:

- Es que los españoles nunca entendimos bien eso
del "imperio". Puede ser que alguno de nuestros emperadores,
Carlos V por ejemplo, o algún teólogo de Felipe II, o
algún inquisidor después de la contrarreforma, o algún
capitan de la conquista, tuviera la noción exacta de lo
que pudiera ser el imperio español. Pero en cada soldado,
en cada fraile, en cada curial, en todo colono que en-
viabamos allá, remitíamos la tesis contraria. Lo que nos
pasa a nosotros los españoles es que todos llevamos el
anti-imperio por dentro. Por eso donde quiera que fuimos,
hicimos todo lo posible por malograr lo que constituía
la misión lógica de nuestra aventura política.- Al sa-
berme de fuera, insistió en acompañarme hasta la puerta
misma del hotel. Al despedirnos nos estrechamos la mano
con una gran cordialidad:

- A lo mejor volvemos a coincidir en la misma
mesa, señor.-

- A lo mejor así sucede. Buenas tardes, señor,-
ya en el elevador del hotel me di cuenta que ni siquiera
nos habíamos dicho quienes éramos. Confieso que desde
entonces no he tenido valor para hablar mal del indi-
vidualismo español. Cuando un hombre puede vivir frater-
nalmente sin necesidad de invadir la intimidad del otro,
cuando sabe vivir políticamente sin rendir su alma a
cualquiera tentación de grandeza que pueda poner en riesgo
su sentido trascendente de la igualdad humana, es un
ser respetable tanto en su sociabilidad como en su soledad,
tanto en su politicidad como en su individualidad.

EMILIO S. BELAVAL

Puerto Rico 1951.

EL BURLOMAESTRE

Este es el último de tres artículos sobre Madrid. Vienen a ser éstos una segunda parte de la serie que con el título general de Europa o la Cultura de la Adversidad publicara el autor en las ediciones de esta revista del 11 de agosto al 6 de octubre.

Por Emilio S. Belaval

"El oso representa al clero
el madroño a la villa,
y tú tienes un lucero
adornándote la silla"

● El estilo de vida madrileño es el resultado lógico de la antítesis psicológica producida por los estilos urbanos de villa y corte. El madrileño no está disuelto dentro de la gran ciudad como lo está el parisiense.

En París el hombre se parece a la ciudad, ha desarrollado su misma mentalidad, se ha conformado con el espacio impuesto por el ensueño arquitectónico de la urbe, y camina entre los estilos urbanos como el camaleón que va cambiando de color según se tornasolan las aguas.

En Madrid la ciudad se parece al hombre, la villa ha desarrollado la misma mentalidad que tiene el matritense, se ha restringido al espacio impuesto por la fantasía de su hombre y se transparenta a su paso, con la gracia delgada que tiene un reflejo que no se atreve a vivir a menos que no lo provoque la presencia de su infracto.

No importa la débil influencia que pueda tener el sentido de clases en el aura humana, Madrid se encuentra dividido en dos zonas emocionales, a la cual más placentera. Aquella parte de la ciudad que se desarrolla bajo el dominio del pueblo madrileño está llena de un color de vida extremadamente popular. Si alguien se dedicara a pasear exclusivamente por el centroespacio barroco de la ciudad difícilmente puede concebir que alguna vez se hubiese instalado en los alrededores de Madrid algo que pudiera llamarse la corte española. Allí se encuentra vibrando ese estilo de vida madrileño que producen las instituciones más típicas del madrileñismo extrahistórico— todavía en el Mesón del Segoviano hay una tertulia que se apellida a sí misma "Los nuevos castizos de Madrid"—, el que presenció el pleito de la villa con el clero, se alió con la única pretendiente que ha producido la villa, La Beltraneja, peleó el 2 de mayo, y albergó a esas magníficas soplonas que contiene el brujadario de Goya.

UNA NECESIDAD EMOCIONAL

Donde quiera que nos situemos dentro de este centro— espacio barroco, al tendido de esas policromadas ventillas que en cada trecho de sombra han instituido la sangría madrileña, la manzanilla andaluza o la sidra asturiana, o frente a ese escaparate redondo que constituye la Plaza de Canalejas, o en medio de ese museo de la picardía madrileña que se llama La Puerta del Sol, con su Café de Levante, su Mallorquina, su Librería de Pueyo, sus casas de aba-

nicos y mantillas, sus peluquerías "para hombres solos" y su sastrería inglesa" al estilo de Madrid", o dentro de ese hormiguero bravo que agrupa

Una corrida de toros

el clericalato de los ministerios en el crepúsculo de la calle de Alcalá, o de espaldas a esa remolona Gran Vía que se contempla desde el Bar Chico —;Si supiera ella que de adolescente yo he sido nada menos que su "paseante en corte" en aquel corajudo "teatro de la gente de sociedad" que tenía funcionando nuestra admirable Eloísa Pacheco de Quevedo!—, encontramos vibrando el estilo de vida impuesto por el burlomaestre madrileño.

Aquí prevalece el énfasis de la ma-

El Museo del Prado

no, el calor de la parlanza, el dibujo cromático que sobre los usos y costumbres puede pintar el temperamento de un hombre polémico, que se ha desarrollado dentro de las artes discursivas de una tertulia inmemorial.

La calle constituye una necesidad emocional para este madrileño barroco. Por las mañanas la gente de condición de la clase media toma de pretexto el entremés, el postre o la cesta de vinos, para trabajar de un extremo a otro de la plaza, los embutidos colgantes o las aceitunas rasan-

Estatua de Felipe V

tes, de esos primorosos colmados con aparadores de castaño, mostradores de mármol y balanzas de cobre de la calle Mayor, o las torrecillas de cristal de las reposterías de la Carrera de San Jerónimo o la calle de la Montera, o los tabloneros cabalísticos de las bodegas de la calle de la Cruz.

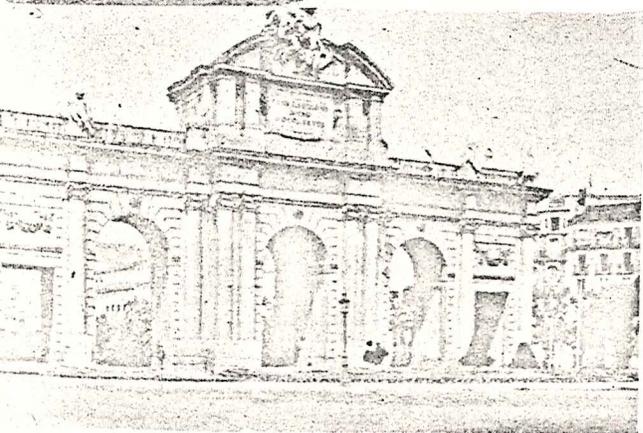
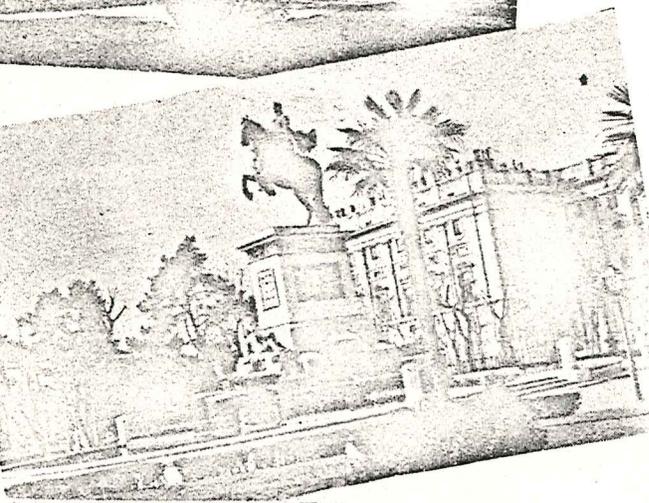
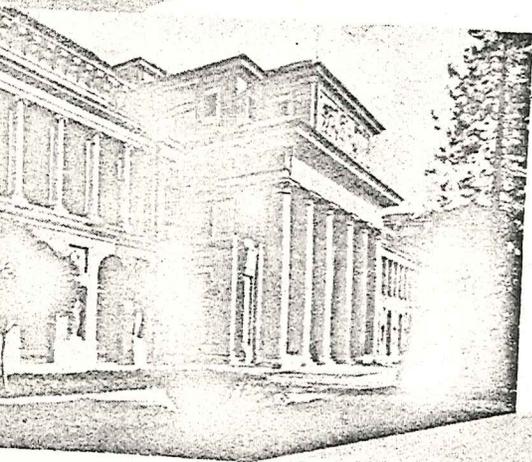
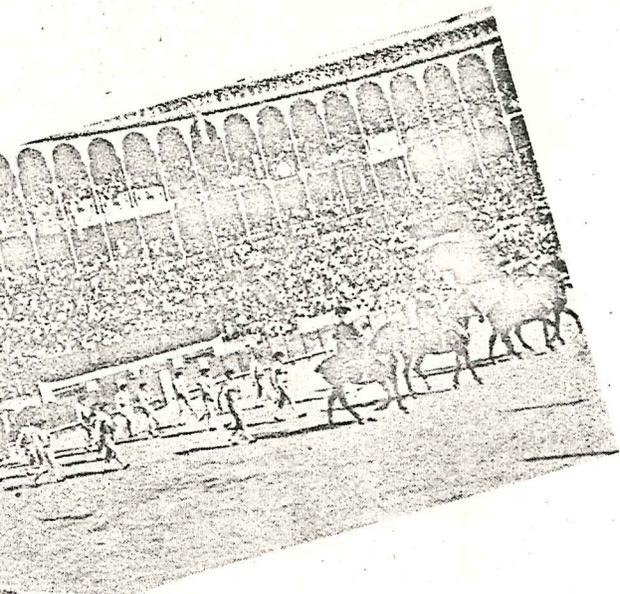
Los catadores de la "Mañanita" se dan su primer "enjuague" en las tabernas o bodegas del macizo metropolitano. Algunas señoritas todavía (Continúa en la página 31)

La Puerta de Alcalá



ART
Sexo 52

MADRILEÑO



... la eucaristía co-
... se desayunan en los
... gente bien. Los amanuen-
... los timbres de impuestos, cu-
... por la intensiva de verano,
... asean frente a sus ministerios pa-
... ra mantenerse a un franco del des-
... tino.

VENDEDORAS DE BILLETES

Esta es la hora propicia para las vendedoras de billetes. Detrás de cada dama camina una salmodia de gitana vieja que ofrece el guarismo de un sueño impreciso:

—Mire usted doña Inesita, que anoche soñé con un diecisiete y tengo un billetito con ese número de ombligo.—

—Déjame ya mujer, que últimamente has tenido la suerte muy de esquina.—

—Pero esta vez lleva décimos hasta el señor cura de la Iglesia de San Andrés de los Flamencos.—

—Prefiero comprarte las cerillas. Así no me comprometo la suerte.—

A las once de la mañana, ya el Madrid barroco está preparado para cualquier milagro, lo mismo del cielo que de la tierra, lo mismo para recibir el gran premio de la lotería de Madrid que para recibir el alza de la peseta; lo mismo para abrazar al amigo de provincias que trae la bolsa colmada por la última cosecha, que para curiosear las carrozas reales, que con escolta de guardia mora, conducen a los embajadores de Noruega o de Chile hasta el Palacio de Oriente.

TARDES MADRILEÑAS

Por la tarde todo el Madrid barroco se tira a la calle. Las mujeres brujulean con una sabihonda precaución por ese pequeño oceano de blondas detenido en la vidriera de la gran ciudad, con el portamonedas sumergido con el fondo de la mano, y la mano cruzada por tres vueltas del rosario de azabache. El burlomaestre matritense dirige la gran estrategia urbana desde la barricada de la esquina, sabiendo que la vida siempre tiende a cruzar frente a aquel que sabe estarse quieto. Los tendidos de los cafés de moda están copados por los matrimonios respetables, cada uno con dos o tres lindas chatitas todavía atadas al ruedo materno, pero que saben menear los ojos con ese mirar sin mirar que sólo posee la mujer española.

Ya están funcionando las tertulias inmemoriales de la vida madrileña, novenistas que hablan de los milagros de los santos buceando las últimas migajas del bizcocho en el tasón del café, aficionados al toreo y al balompié, literatos y periodistas cansados del fichero de la biblioteca del Ateneo y esa magnífica, arbitraria, lenticulista humanidad que siempre tiene caminando por las aceras toda gran ciudad.

Es la hora rumorosa del Madrid barroco, un rumor de colmena latina que ofrece su desorden tonal a una orgiástica reminiscencia, una melodía sensual que parece trovada en una lengua agreste que transpira vida y embravece los sentidos, dirigida por un corifeo burlón, que apoyado en la barra del bar, vende los secretos de todos los misterios humanos a un coro dionisiaco. Algunas veces tiene uno que cerrar los ojos y escuchar este himno a la vida, a la vida buena, a la vida breve, que extremece la tarde madrileña.

Algo hay en la conciencia clásica que deposita en el hombre la literatura de su pueblo, que tarde o temprano, se refleja sobre el estilo de vida que lo circunda.

DIALOGOS CALLEJEROS

Algún día de estos tendremos que

empezar a pensar en la pos-
de un ente literario, aunque s-
como un tipismo intrascendent-
do por un puro mimetismo a-
trativo. Basta observar la cui-
parsimonia con que este señor
coloca la mano sobre el pecho,
cuchar un momento la bien tr-
da inflección de la voz de esta
ranta, que va contando como
repasa las cuentas de un rosar
das las malaventuras caseras c
aguardan a la perfecta casada,
senciar esta bronca callejera
parece escapada de los estilos
añejos de una picaresca:

—Cualquiera te reconoce con
ropa de duquesa, criatura.—

—Cayetana es mi nombre, señor
—¿Y de dónde salen los perer-
gues, niña?—

—De una cosa que no se puede
cer cuando una llega a vieja, del
tichichi. ¿Comprendido?—

—Ya te maullarán los gatos cua-
bajes hacia el Rastro.—

—Los gatos que a mí me persig-
se arreglan los bigotes en la pelu-
ría de Fortunato—, para darnos cu-
ta que en alguna medida, en virtu-
de algún proceso que no sabemos
se realiza dentro o fuera de nosotr-
vivimos enrarecidos por una estétic-
subconsciente, destilada por el h-
mor divino de una literatura, con
una gota de agua destilada por un
piedra filosofal.

Por la noche el Madrid barroco
cierra como un abanico que intent-
ra sepultar todos sus colores dent-
de un afán casero.

Aquella parte de la ciudad que se
desarrolla bajo el dominio de la por-
te española está llena de un color
de vida extremadamente señorial. Si
alguien se dedicara a pasear por la
periferia cortesana de la ciudad, di-
fícilmente puede concebir que alguna-
vez se hubiese instalado en el centro-
espacio barroco algo que pudiera ilu-
marse la villa de Madrid. Allí se en-
cuentra reposando ese estilo de vida
madrileña que producen las institu-
ciones más características del nobilí-
mo infrahistórico— todavía en el Ho-
tel Ritz hay ceremonias palatinas pa-
ra los embajadores extranjeros— el
que presenció la contrarreforma or-
todoxa contra la curia eclesiástica
romana, se alió con Felipe V contra
el Archiduque Carlos, peleó con Es-
partero y se dejó retratar por Fortu-
ny y por Madrazo.

VIDA SEÑORIAL

Donde quiera que nos situemos al-
rededor de esta periferia cortesana,
al amparo de esa adusta arquería que
tiene el patio del Palacio de Oriente,
o frente al alarde churriguero del
Cuartel del Conde-Duque o ante ese
escaparate moderno de la plateresca
matritense que constituye la Casa de
Correos, o en medio de ese retablo
del señorío matritense que se llama
"El Parque del Retiro", con su par-
terre, su rosaleda, su paseo de las es-
tatuas, su estanque, su monumento a
Alfonso XII de un vigor solo compa-
rable a la columnada que bordea el
grupo escultórico del rapto de Pro-
serpina de Versailles y sus árboles
centenarios, o dentro de ese conto-
neado correteo de palomas que agru-
pa la burguesía matritense en el
atardecer de Recoletos, o de espaldas
a esa matronesca Fuente de la Cibe-
les que se contempla desde la acera
del Palacio de Buenavista— ¡Si su-
piera ella que antes de conocerla, yo
he sido nada menos que su involun-
tario detractor, en una carta poéti-
ca que algún día recibiría mi queri-
do Epifanio Fernández Vanga:
Aunque de hinojos al Cristo de
(don Diego de Velázquez
pide Unamuno perdón, temeroso
(del desnudo,
de una "Oda a la Cibeles" donde
(sufriera un ataque
todo

empezar a pensar en la posibilidad de un ente literario, aunque sólo, sea como un tipismo intrascendente creado por un puro mimetismo administrativo. Basta observar la cuidadosa parsimonia con que este señor se coloca la mano sobre el pecho, o escuchar un momento la bien modulada inflección de la voz de esta suspirante, que va contando como quien repasa las cuentas de un rosario, todas las malaventuras caseras que le aguardan a la perfecta casada, o presenciar esta bronca callejera que parece escapada de los estilos más añejos de una picaresca:

—Cualquiera te reconoce con esa ropa de duquesa, criatura.—

—Cayetana es mi nombre, señora.—

—¿Y de dónde salen los perendengues, niña?—

—De una cosa que no se puede hacer cuando una llega a vieja, del gaticichi. ¿Comprendido?—

—Ya te maullarán los gatos cuando bajas hacia el Rastro.—

—Los gatos que a mí me persiguen se arreglan los bigotes en la peluquería de Fortunato—, para darnos cuenta que en alguna medida, en virtud de algún proceso que no sabemos si se realiza dentro o fuera de nosotros, vivimos enrarecidos por una estética subconsciente, destilada por el humor divino de una literatura, como una gota de agua destilada por una piedra filosofal.

Por la noche el Madrid barroco se cierra como un abanico que intenta sepultar todos sus colores dentro de un afán casero.

Aquella parte de la ciudad que se desarrolla bajo el dominio de la corte española está llena de un color de vida extremadamente señorial. Si alguien se dedicara a pasear por la periferia cortesana de la ciudad, difícilmente puede concebir que alguna vez se hubiese instalado en el centro-espacio barroco algo que pudiera llamarse la villa de Madrid. Allí se encuentra reposando ese estilo de vida madrileño que producen las instituciones más características del nobilismo infrahistórico— todavía en el Hotel Ritz hay ceremonias palatinas para los embajadores extranjeros— el que presenció la contrarreforma ortodoxa contra la curia eclesiástica romana, se alió con Felipe V contra el Archiduque Carlos, peleó con Espartero y se dejó retratar por Fortuny y por Madrazo.

VIDA SEÑORIAL

Donde quiera que nos situemos alrededor de esta periferia cortesana, al amparo de esa adusta arquería que tiene el patio del Palacio de Oriente, o frente al alarde churrigueresco del Cuartel del Conde-Duque o ante ese escaparate moderno de la plateresca matritense que constituye la Casa de Correos, o en medio de ese retablo del señorío matritense que se llama "El Parque del Retiro", con su parterre, su rosaleda, su paseo de las estatuas, su estanque, su monumento a Alfonso XII de un vigor solo comparable a la columnada que bordea el grupo escultórico del rapto de Proserpina de Versalles y sus árboles centenarios, o dentro de ese contorneado correteo de palomas que agrupa la burguesía matritense en el atardecer de Recoletos, o de espaldas a esa matronesca Fuente de la Cibeles que se contempla desde la acera del Palacio de Buenavista— ¡Si supiera ella que antes de conocerla, yo he sido nada menos que su involuntario detractor, en una carta poética que algún día recibiría mi querido don Epifanio Fernández Vanga: Aunque de hinojos al Cristo de (don Diego de Velázquez pide Unamuno perdón, temeroso (del denuedo, de una "Oda a la Cibeles" donde (sufriera un ataque

el olimpico Simón del Poeta Diez (Canedo—? encontramos reposando el estilo de vida madrileño impuesto por el modo señorial de una sociedad que hasta hace poco fué una corte europea.

Aquí prevalece la solemnidad del ademán, el comedimiento del diálogo, la estampa miriada que sobre los usos y costumbres puede esmaltar la compostura del caballero, desarrollado dentro de esas artes cortesanías que da el gabinete amarillo o el salón de porcelana.

El paseo por los rincones amados por Felipe V, Carlos III, o Isabel II constituye una necesidad emocional para este madrileño cortésano. Por las mañanas la obligación religiosa atrae algunas damas otoñales, enguantadas hasta el codo, bajo rubias sombrillas con caña de laca, que parecen haber abandonado la saleta de María Cristina para pasear su dolorida majestad por algunos trechos conventuales rescatados al espíritu del tiempo. Alguna que otra damisela de talle juncal y ojos ensobrecidos por un resplandor de casta, cruza el atrio con esa prisa que denuncia el terror a la contaminación galante de una ciudad profundamente erótica. Por la tarde los niños de casa bien lanzan velas en el estanque patriarcal vigilados por una niñera montañesa que suda copiosamente bajo el peso prolífico de su cofia de encajes. Militares forrados en gabardinas verdinegras platican dentro de una gran circunspección con algunos sacerdotes de capas lustrosas y tejas de veludillo.

LA BURGUESIA CONSERVADORA

Durante la cena los hoteles de moda están totalmente dominados por esta otra semi-sociedad aristocrática, que aunque nunca llevó la responsabilidad de la corona, tuvo que imantarse al mundo de la realeza, buscando su espacio lógico dentro de una gran burguesía conservadora que pudiera ser del agrado de la corona. Aquí prevalece el celo religioso, el ardor político, el trasiago virtuoso, el cultivo de la etiqueta. Esta es la sociedad matritense con que suele uno encontrarse en la cena del Ritz, en la salida del Teatro Español, en la galería de Campúa. Casi todas las mujeres son de una belleza notable. Casi todos los hombres de una corrección estimable. Se ve claramente que sólo a través de un extremo cultivo de la personalidad humana, lograron vencer la adversidad peregrina que entorpece al hombre sin abolengo en la sociedad aristocrática. Las madres no cesan de vigilar un momento la estética de sus cachorros:

—Niña, bájate un poco ese chal que en cuanto te cubres el cuello te parece a La Dama de Elche.—

—Procura esconderte esa corbata tras el chaleco, hijo. Ya te he dicho que las corbatas azules son muy provocativas.—

—Vé a saludar a don Antolín, quien está a solas con su hija; y, ¡por favor!, no les hables de balompié.— Cierta suavidad burlona, un quevédisimo que nunca llega a cristalizar su malignidad más allá del alfilerazo, flota sobre este mundo, como una etérea malicia que no pretendiera pasar del retozo de ángeles. Esta noche más provocativa que todas las corbatas azules que puedan contener las corbaterías de la Carrera de San Jerónimo, resulta una preciosa conciuudadana mía, de ciento setenta adorables libras, y del estado de Kentucky, uno de esos tipos sanos, exuberantes, alegres de la "giri" norteamericana, quien ha pretendido bailar el schottis como mambo, se ha bebido medio galón de manzanilla y tiene al descubierto un par de piernas más allá de todo posible margen de moral cristia-

na: —¿Qué le pasa a esa linda muchacha que parece tan excitada?—, pregunta una voz que ya se siente suegra al mozo de los aperitivos.

—Señora, que quiere tener amores con un torero. Comprenderá usted el problema con lo mal que anda la temporada.—

—Pobre niña, si al menos se pusiera medias para bajar al comedor, tal vez tendría mejor suerte.—

—Es que no conoce la moda de Madrid la pobrecita. Pero es una gran persona, puede creerme la señora. ¡Y luego da unas propinas, de sultana!—

—A la rueda, sobrino. ¿No dicen que tú tienes afición a los novillos?—

—¡Tía, por Dios!, que yo soy uno de los que menos ha mirado hacia allá.—

—Déjalo mamá, ya me gustaría a mí ver esta "mar tranquila" con esa sirena dando vueltas a su alrededor.—

—A lo mejor se me ocurrirían cosas, no creas. El novio siempre resulta un hombre inédito.—

COMPANÍA Y SOLEDAD

¡Amable Madrid! Yo nunca he visto una ciudad donde se pueda disfrutar tanto de la más fragante compañía humana o de la más placentera intimidad con la propia vida. Tal vez el encanto del estilo de vida madrileño resida en esta admirable proporción entre los estilos de sociabilidad y los estilos de soledad.

La vida es acción disparada hacia afuera, a la cual la dinámica social rescata para que no muera en el vacío, pero es también regresión volcada hacia adentro, a la cual el amor rescata para que no se pierda en la nada. No hay manera más absurda de entender la vida que imponiendo los estilos de sociabilidad sobre los estilos de soledad. Vivir es una fantasía nuestra que solemos vender en el mercado de las apariencias. Felizmente en nuestra soledad siempre funciona un dedicado mecanismo de selección, que lanza hacia afuera, la fantasía que nos forjamos de nuestra propia vida y regresa hacia adentro, la realidad inexplorada de nuestra propia existencia. La única manera de bregar inteligentemente con el problema de la vida ajena y de la vida propia, es resignarnos a la tesis que el hombre es un reflejo de la sociedad que lo dinamiza pero también es un conflejo de la soledad que lo sublimiza. Así todo individualismo puede entenderse como un estilo de soledad, impuesto por aquella parte de la naturaleza humana que no está dispuesta a transigir con la socialización de la vida íntima.

VIEJOS AMIGOS

Recuerdo una tarde en un parque madrileño, cuando mi vecino de mesa disponible me hizo esta admirable proposición:— me permitiría el señor volverme de espaldas en lo que anochece? Todos los días suelo venir aquí a contemplar estos árboles para reconfortarme del ambiente de la ciudad.— Yo nunca me he sentido más acompañado en mi vida apesar de estar disfrutando de una soledad casi perfecta. Ambos estábamos sumergidos en una meditación de miles y miles de millas de separación. El contemplaba sus árboles fraternales, tal vez buscando colores para un horizonte vivo, dentro de esa extraña saudade que produce la vida agrícola en el hombre de ciudad. Yo contemplaba el cambiante juego de la luz crenuscular sobre las estatuas que le servían de fondo al estanque. Sin embargo, ninguno de los dos nos habíamos desprendido de nuestro sentido de sociabilidad. Cuando mis cerillas un poco blandas para un pulso acostumbrado al fós-

(Continúa en la página 34)

EL BURLOMAESTRE...

foro sujeto al pequeño filamento de madera fallaban, mi vecino se volvía con una amistosa deferencia y me ofrecía su lumbre. Así estuvimos varias horas, él mirando sus árboles, yo doliéndome de la pesadumbre que cae sobre un pueblo que cree posible vivir lejos de este misterioso reposo que crea una estatua junto a un estanque. Al anochecer se volvió hacia mí, escrutando mi humor de tertulia, y me dijo con una gran naturalidad: —Hemos disfrutado de una tarde muy placentera, señor.—

—Agradable en verdad ha sido, señor. Además esos olmos son magníficos.—

—Si alguna vez va usted a Córdoba, ya verá los chopos temblando sobre las aguas. Es una visión inolvidable.— Caminamos juntos un buen trecho, como dos viejos amigos que coinciden en un paso casual.

EL ANTI IMPERIO

Cuando le hice saber mi sorpresa por no haber encontrado en Madrid la gran urbe que ha debido producir el descubrimiento de América, me contestó con estas palabras inolvidables:

—Es que los españoles nunca entendimos bien eso del "imperio". Puede ser que alguno de nuestros emperadores, Carlos V por ejemplo, o algún teólogo de Felipe II, o algún inquisidor después de la contrarreforma, o algún capitán de la conquista, tuviera la noción exacta de lo que pudiera ser el imperio español. Pero en cada soldado, en cada fraile, en cada curial, en todo colono que enviáramos allá, remitíamos la tesis con-

traria. Lo que nos pasa a nosotros los españoles es que todos llevamos el anti-imperio por dentro. Por eso donde quiera que fuimos, hicimos todo lo posible por malograr lo que constituía la misión lógica de nuestra aventura política.—

Al saberme de fuera, insistió en acompañarme hasta la puerta misma del hotel. Al despedirnos nos estrechamos la mano con una gran cordialidad:

—A lo mejor volvemos a coincidir en la misma mesa, señor.—

—A lo mejor así sucede. Buenas tardes, señor—; ya en el elevador del hotel me di cuenta que ni siquiera nos habíamos dicho quiénes éramos. Confieso que desde entonces no he tenido valor para hablar mal del individualismo español. Cuando el hombre puede vivir fraternalmente sin necesidad de invadir la intimidad del otro, cuando sabe vivir políticamente sin rendir su alma a cualquiera tentación de grandeza que pueda poner en riesgo su sentido trascendente de la igualdad humana, es un ser respetable tanto en su sociabilidad como en su soledad, tanto en su politicidad como en su individualidad.

2 Novelas completas

todos los jueves

en esta revista

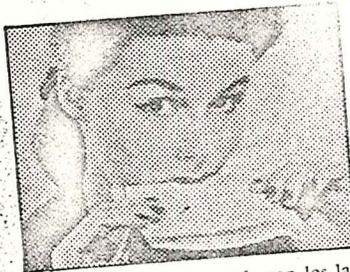


La mamá de este nene usa un lápiz corriente, deja huellas al besar.



La mamá de éste usa Tangee que tiene permacromo, no deja huellas al besar.

EL NUEVO TANGEE TIENE PERMACROMO
Maravilloso ingrediente que hace de Tangee
EL LAPIZ LABIAL MAS PERMANENTE DEL MUNDO



Aplicase Tangee, muerda con los labios un papel de seda (tissue) una sola vez, como aquí se indica. Quedarán resistentes, frescos e indelebles.

Tangee, con el maravilloso y exclusivo permacromo, jamás revela el secreto de un beso. Jamás se corre el color en los labios, no deja huellas al besar, ni en los vasos ni las servilletas. Ningún otro lápiz labial tiene permacromo, ninguno es tan permanente como Tangee. Da a los labios suavidad, frescura y colorido seductores. Compruébelo, use Tangee.

en su elegante matiz **"Pretty Please"**
Y SIETE OTROS MATICES DE MODA TODOS PERMACROMO